

Colección Ariel

n.º 22

PRECIOS :

El número suelto 10 cénts.
La serie de cinco números.. 50 »
La serie de diez números... 1 colón
El abono se hace adelantado

PUBLICACIÓN ECONÓMICA

DE ESCOGIDA LITERATURA
INTERNACIONAL, ANTIGUA Y MODERNA
en folletos de 32 páginas
CASILLA 533

Al servicio de las ideas y de los ideales

CONTENIDO

	<u>Pág.</u>
GUSTAVO MEYRINK.— <i>El Espanto</i>	1 ✓
Dr. GUSTAVO MICHAUD.— <i>Un sencillo aparato para hacer hidrógeno</i>	6 ✓
ROBERTO BRENES MESEN.— <i>De tarde</i>	8 ✓
SIR WILLIAM H. TAFT.— <i>Fragmentos de un discurso</i>	10 ✓
ROBERTO BRENES MESEN.— <i>Crítica y Bibliografía</i>	14 ✓
CICERON, ROLLIN y GELLERT.— <i>La espada de Damocles</i>	21 ✓
MAURICIO MAETERLINCK.— <i>Un beso heroico</i>	24 ✓
Dr. SANTIAGO RAMON y CAJAL.— <i>Dos modos de educar</i>	26 ✓
VARIOS.— <i>Pensamientos</i>	

Julio de 1908

San José, Costa Rica
IMPRENTA DE AVELINO ALSINA
1908

Publicaciones recibidas durante el mes

Como envío de la Librería Fernando Fé, Madrid:
Fiestas Galantes y otros poemas de Paul Verlaine,
traducción en prosa de Manuel Machado.

Los cuarenta y siete capitanes, novela trágica ja-
ponesa de Tamenaga Shunsuy.

Claudina desaparece, novela de Willy.

La Venus de las pieles, de L. Sacher Maroch.

Mi bastón y otras cosas por el estilo, de Antonio
Palomero.

Como galante envío de sus autores:

Esmaltes (poesías) de Agustín Luján.—San José,
Costa Rica.—Imprenta Alsina, 1908.

Flauta Ingenua (poesías) de Roberto Valladares
(Santiago Miral).—San José, Costa Rica.—
Imprenta de Ríus y Matas, 1908.

Cosas del mundo (seis días en la cárcel de Mendo-
za) de Alejandro Sux. Mendoza.—República
Argentina, 1908.

Como envío de la Biblioteca Nacional de Hon-
duras:

El Arbitraje entre Honduras y Nicaragua.—Te-
gucigalpa, Honduras, 1908.

Con el N^o 16, año II de la *Humanidad Nueva*, re-
vista pedagógica ilustrada de Valencia, Es-
paña, recibimos también el N^o 1 de una serie
de *Cuentos Racionalistas* para niños. *Los niños
malditos* se llama este primer cuento y es bien
intencionado. Es una buena idea la de formar
esta serie de cuentecitos tendenciosos é ilus-
trados. Recomendamos esta colección á nues-
tros institutores. El paquete de 20 ejemplares
vale una peseta española. La Sociedad librera
de «Font y Cía.» puede proporcionar á los
maestros éstos cuentos, en esta ciudad.

COLECCIÓN ARIEL

Nº 22

✓ El Espanto

Un ruido de llaves, y un rebaño de prisioneros entra en el patio. Es mediodía. De dos en dos, como indios en fila, se les hace dar vueltas para que tomen aire.

El patio está enlosado; sólo en el medio hay una mancha oscura de yerba, como el montículo de una tumba: cuatro árboles delgados, una haya de follaje triste.

En torno, muros, viejos y amarillentos muros, en donde las celdas abren sus ventanillas enrejadas.

Metidos en sus trajes grises de prisioneros, desfilan los cautivos, el uno detrás del otro, dando vueltas. Apenas conversan. Casi todos están enfermos. Escorbuto, miembros hinchados.

Las caras son grises, grises como cemento, los ojos sin brillo. La marcha es uniforme, los corazones ya no conocen la alegría.

De kepis, con el sable al cinto, allí está el centinela, de pie á la puerta del patio. Su mirada es fija.

A lo largo de las murallas la tierra está desnuda. No brota allí una planta. El sufrimiento rezuma á través de los muros amarillos. «Acaban de llevar á Lukawsky ante el presidente» (1). Un prisionero dispara á media voz esta noticia por su claraboya. La tropa de presos no se ha detenido.

—«Qué dices? Lukawsky?» pregunta á su vecino

(1) Es el magistrado que debe presidir la ejecución. Es nombrado para cada ejecución y no puede escusarse. En Alemania las ejecuciones no son públicas.

un prisionero recientemente encarcelado. —«Lukawsky, el asesino, condenado á la horca. Yo creo que hoy deben confirmar la sentencia ó indultarlo.

«La sentencia de muerte ha sido confirmada, el presidente la ha leído en la escribanía. Lukawsky no ha dicho una palabra. Ha vacilado simplemente. —Sí, pero afuera le han rechinado los dientes, ha sentido una crisis furiosa. — Y los guardianes le han puesto la camisa de fuerza; lo han atado al banquillo para que no pueda moverse, hasta mañana temprano. —Y le han puesto un crucifijo por delante.»

El prisionero de la celda, en frases interrumpidas, esto contaba á los otros, que seguían marchando siempre.

—«Celda 25, es allí en donde se halla Lukawsky», dice uno de los detenidos, uno de los más viejos.

Todas miradas suben hacia la claraboya enrejada del nº 25.

Y, pensando en nada, el centinela arrimado á la puerta, con el pie repelía una corteza añeja de pan caída en el camino... En los corredores estrechos de la vieja prisión, las puertas de los calabozos son tan numerosas, que se estrechan las unas á las otras. Puertas de roble, bajas, embutidas en la pared, guarnecidas de barras de fierro, de grandes cerrojos, de cerraduras. Cada puerta tiene su ventanilla de tupido enrejado. La noticia que vuela de boca, ha podido sin embargo pasar por allí, á través de las rejas de las ventanas, por doquiera. «Mañana ahorcan á Lukawsky!»

Un silencio profundo en los corredores, en toda la cárcel. Y no obstante circula un rumor, tan ligero que no se oye! Se le siente deslizarse. Atravesando los muros, se sale á zumbear afuera, como un enjambre de moscardones. Y eso es la vida que hace ruido, la vida encadenada, la vida prisionera!

En medio del corredor central, en el sitio en donde se alarga, un viejo baúl, vacío, en la sombra. Poco á poco, sin ruido, su tapa se levanta. Y parece que en toda la prisión se deslizara el

